

## Una vida en itálicas

Recordando a Beckett: entrevistas inéditas a Samuel Beckett y testimonios de quienes lo conocieron (2016).

Traducción de Elina Montes y Milita Molina. Editores Argentinos.



Marcelo Lara

*Recordando a Beckett* es, como sugiere su editor James Knowlson, la construcción de una biografía, un efecto de selección de recuerdos, escritos, correspondencia y reminiscencias. Esta observación del editor en el “Prefacio” presenta, de algún modo, una generosa declaración de principios a tener en cuenta: hay algo que permite recoger las memorias de cuando los perros de la casa Beckett destrozaron a los de la casa vecina, y algo que permite desechar, quizás, posibles tickets de lavandería, posibles notas en la heladera, posibles chismes, posibles murmuraciones que emergieron cuando se apagó el grabador.

Una vida es aquí el resultado de un tamiz. La ignorancia acerca de si lo que nos ha llegado es lo que pasó hacia el otro lado del tejido o lo que quedó de este lado es una franqueza que el lector debe agradecerle a este libro.

*Recordando a Beckett* fue editado originalmente en 2006 por James y Elizabeth Knowlson, y traducido al rioplatense con aplicada dedicación en 2016 por Elina Montes y Milita Molina. La edición argentina a cargo de Editores Argentinos incluye, como su homóloga en inglés, un recorrido fotográfico por las vidas del autor irlandés, desde que se sentaba en las rodillas de la tía Rubina Roe hasta sus años de vejez. Es interesante que el editor argentino no haya desechado dicho material incluido en la versión inglesa: las imágenes nos miran, incluir fotografías en medio de las palabras de este texto en particular permite volvernos intermitentemente sordos al ilusorio sentido único que promete la aparente linealidad del discurso.

El libro divide la vida, es decir el *archivo*, en dos tiempos, por un lado, presenta los relatos de la infancia del autor irlandés, su paso por la docencia, su relación con James Joyce, sus caminatas, sus viajes a París y la necesaria huida a Roussillon durante la Segunda Guerra Mundial, así como también agrega el regreso a Francia con la Cruz Roja y su trabajo en Saint-Lô. Por el otro, deja ver un tiempo de diversos *Becketts* donde se derraman las voces de los años de escritura

y lectura, de sus obras de teatro, de sus singulares éxitos, y de sus silencios. Y también incluye pasajes donde aparecen los diversos encuentros y cruces que lo narran: esas otras vidas de escritores, directores, críticos y amigos, que comparten sus memorias. Esas voces van construyendo a fuerza de fragmentos sobre una línea de tiempo un Beckett que va “Adquiriendo fama”, un “Beckett como director”, un “Beckett en Estados Unidos”, y también un Beckett de “Los últimos veinte años” en el que S. E. Gontarski contribuye al archivo con un texto escrito especialmente para el volumen. La novedosa contribución del profesor de Literatura Inglesa echa luz sobre puntos fundamentales de la producción beckettiana muy discutidos por la crítica, como por ejemplo el despojamiento y la simplificación en las puestas en escena, o su “auto-ridad disminuida” frente a la posibilidad de dar más información sobre los personajes:

Le dije [a Sir Ralph Richardson] que lo único que sé de Pozzo está en el texto, que si hubiese sabido más lo habría puesto en el texto, y que eso era válido también para los demás personajes.

De todos los escritos que se ponen en juego en este libro, la contribución de Richard Seaver, el primer editor que llevó *Beckett* a la atención del público de habla inglesa, es quizás uno de los fragmentos en los que emerge con más fuerza la construcción afectiva de una vida. Seaver cuenta que conoció a *Beckett* en la vidriera de una librería del número 7 de la calle Bernard Palissy, tienda que ocupaba el local de un burdel recientemente clausurado por las manos fregadoras de la moral y las buenas costumbres francesas. Seaver narra su sorpresa al ver cada día desde la vereda de esa calle que lo llevaba a sus reuniones a Deux Magots o al Café Royale unos libros de un autor irlandés en la vidriera de Minuit, un editor francés. Su paso cotidiano por el ex burdel tropieza definitivamente con su curiosidad el día en el que se permite entrar a la librería y adquirir *Molloy* y *Malone muere*. A partir de allí, un poco como le había

sucedido a George Orwell el día que leyó a Jonathan Swift, la fascinación lo captura y comienza a transitar la experiencia de un “shock de descubrimiento”. *Beckett* deviene en la voz de Seaver la literatura como una forma de vida que lo narra al propio Seaver. El editor es leído por las novelas que lo habían convalidado desde los cristales del escaparate de Minuit y surge en él la necesidad de ponerse a escribir sobre sus lecturas *beckettianas* recién adquiridas. Aquí aparece efectivamente un relato en el que, como anota Patrick Bowles, “las palabras se desmoronan porque, en la vida, hay situaciones sin palabras, en las que las palabras se hacen pedazos, o, donde ‘las palabras nos fallan’”. En este sentido, es apasionante la narración del trabajo de traducción que llevan adelante Seaver y Beckett en sus reuniones de las cuatro de la tarde en el Dôme, donde escritor y traductor discuten sobre las palabras y las cosas entre letras de molde y cervezas. Esas breves líneas iluminan la idea que retoma unas páginas más adelante Bowles para señalar que Beckett hablaba “de sus libros como si hubieran sido escritos por otro”.

La aparición de algunas discusiones filosóficas aportan una voz que llevará al lector a releer diversos fragmentos de sus obras literarias y teatrales. Pero especialmente lo llevará hacia el camino del fracaso al intentar ver allí el reflejo de su obra. En este sentido,

la aparición de la risa, del mismo modo que la de las fotos, nos resguarda de caer en la trampa del cierre de sentido que se vive denunciado por todas partes, pero que, al mismo tiempo, no se renuncia a anhelar.

Otros de los pasajes únicamente conmovedores de esta selección son los relatos de sus colegas y alumnos en los que aparece un Beckett que detestaba la exposición permanente, a quien no le gustaba dar clases, un profesor que hacía medianos intentos de enseñar francés: periodo que él mismo ubica como un tiempo sin ocupación que tuvo que llenar con el trabajo en el Campbell College.

*Recordando a Beckett* es, en este sentido, un diario de viaje posible sobre una geografía que desafía cualquier intento de trazar algún mapa. En este sentido, ya desde su título mismo, el texto se propone como inevitablemente inacabado en tanto archivo y sin ninguna pretensión concluyente, características que lo hacen fundamentalmente singular. Los momentos que aquí se presentan podrían, es cierto, ser leídos como indicios de alguna profundidad en el individuo Beckett que trashumó por esta tierra. Encontrar en estas líneas la profundidad insondable de un hombre y su obra, o perderse en los surcos invisibles de un arado disperso es un problema del lector.